

EDITORIAL

La educación como episteme dinámica — formación integral, didáctica crítica e investigación en las profesiones de la salud humana y la educación

Por el Comité Editorial de la Revista Científica Multidisciplinar “Yachakuna”

“Educar a los profesionales de la salud no es enseñarles a sanar cuerpos, sino a entender vidas — con una ética del rostro, ciencia rigurosa e investigación comprometida.”

La formación de los profesionales sanitarios —como los médicos, enfermeros, nutricionistas, odontólogos y psicomotricistas— no puede ser vista como un simple paso técnico a través de protocolos y manuales. Es, en esencia, un proceso ontológico, ético y epistemológico que establece no solo habilidades, sino también conciencias. Para educar en salud humana es necesario un enfoque pedagógico que vaya más allá de la simple transmisión de saberes, y que se transforme en un acto reflexivo, dialógico y transformador: una paideia moderna que combine ciencia, humanismo y compromiso social.

Didáctica de la enseñanza: más allá del enfoque conductista

Tradicionalmente, la instrucción en las disciplinas de salud se ha visto atrapada en paradigmas pedagógicos que se enfocan en la repetición, memorización y un examen estandarizado. No obstante, la didáctica crítica es necesaria, debido a que los fenómenos biopsicosociales se están volviendo cada vez más complejos; esta didáctica se fundamenta en el modelo constructivista sociocultural y en el aprendizaje contextualizado. El estudiante de medicina no se instruye en anatomía solo mediante la disección de cadáveres, sino también entendiendo la historia de la medicina y el cuerpo, su valor cultural y su ética frágil. La enfermería no se enseña únicamente a través de protocolos de curación, sino también por medio de relatos sobre el cuidado, la empatía estructurada y la escucha activa. La nutrición va más allá de la bioquímica aplicada; es también política pública, antropología alimentaria y justicia social. La odontología no se limita a los procedimientos quirúrgicos, sino que incluye la psicología del dolor, el bienestar estético y la prevención comunitaria.

La psicomotricidad, en cambio, surge como un eje transversal: no solamente como una disciplina clínica-educativa, sino también como una filosofía del movimiento corporal que combina lo cognitivo, lo emocional y lo motor. El futuro profesional tiene que entender que el cuerpo no es un objeto, sino un sujeto en interacción permanente con el mundo; para ello, su enseñanza debe ser reflexiva, vivencial y experimental.

Ética educativa: moldear individuos, no técnicos

La ética no puede ser un módulo independiente en el currículo; es necesario que esté presente en cada simulación clínica, práctica docente y contacto con el paciente, ya sea ficticio o real. La educación ética conlleva desarrollar la phrónesis, es decir, la sabiduría práctica de Aristóteles, que posibilita el discernimiento en situaciones inciertas, ambiguas y difíciles. También implica admitir que el poder del conocimiento médico no es imparcial y que su práctica necesita de autocrítica, modestia en términos epistémicos y dedicación a la justicia sanitaria.

La formación ética tiene que abarcar la deconstrucción de jerarquías profesionales, el reconocimiento del paciente como responsable de su propio cuidado y la responsabilidad conjunta ante las desigualdades en términos de salud. De esta manera solamente se previene que se formen “expertos técnicos” que sanan órganos, pero no a las personas.

Investigación básica y aplicada: el corazón de la educación científica

No existe un profesional de la salud que no tenga una actitud investigadora. La investigación no es un privilegio académico, sino el eje de la innovación responsable, la actualización constante y la toma de decisiones fundamentadas en pruebas. Desde el primer año, la capacitación debe incluir métodos de investigación científica, que van desde el laboratorio de fisiología hasta la creación de estudios epidemiológicos comunitarios.

La investigación básica, que estudia los mecanismos moleculares, celulares o sistémicos sin un uso inmediato, es la base sobre la que se edifican las innovaciones terapéuticas. Si la ignoramos, estamos condenando a las futuras generaciones de profesionales a convertirse en simples ejecutores de tecnologías creadas por otros. La investigación aplicada, por su parte, conecta el saber con la realidad: posibilita que el alumno entienda que la ciencia no está aislada, sino inmersa en contextos culturales, sociales y económicos que determinan su relevancia e incidencia.

La formación en investigación debe ser obligatoria, supervisada y abarcar todos los niveles. No es suficiente con un trabajo de grado; se necesita una inmersión gradual en la cultura científica, que incluye la formulación de hipótesis, la revisión crítica de literatura, el análisis estadístico, la escritura académica y la defensa pública de descubrimientos. De esta manera se forma un profesional que no solamente absorbe conocimiento, sino que también lo produce, lo cuestiona y lo modifica.

Filosofía de la educación en salud: hacia una epistemología relacional

Desde el punto de vista filosófico, la educación en salud debe dejar de lado el modelo cartesiano sujeto-objeto y adoptar una epistemología relacional, en la cual el conocimiento se genera a partir de la interacción entre profesor, alumno, paciente y comunidad. Con la inspiración de filósofos como Edgar Morin, Georges Canguilhem y Paulo Freire, planteamos una educación que acepte la complejidad, la incertidumbre y el carácter histórico del fenómeno salud-enfermedad.

El cuerpo no es una máquina, la dolencia no es un fallo de software y el experto no es un técnico que repara. Son realidades vivas, simbólicas y dinámicas. La complejidad debe ser reflejada en la enseñanza a través de métodos activos, entre los cuales se incluyen: el aprendizaje basado en problemas, la simulación clínica con retroalimentación reflexiva, la inmersión en la comunidad, el análisis de casos reales desde una perspectiva bioética y la escritura reflexiva como herramienta metacognitiva.

La educación como acto de resistencia y esperanza

La educación de los profesionales de la salud, en un mundo donde la tecnología es idolatrada, la salud se mercantiliza y la deshumanización progresa, constituye un acto político, ético y epistémico de resistencia. Resistencia ante la pérdida del sentido humanista, ante la fragmentación del conocimiento y ante la medicalización de la existencia.

Sin embargo, también es un acto de esperanza: la de capacitar a profesionales que no solo tengan conocimiento, sino que lo entiendan; que no solo actúen, sino que piensen; que no solo sanen, sino que acompañen; y que no solo sigan protocolos, sino que indaguen, innoven y cambien.

La revista Yachakuna, multidisciplinar, se compromete a ser un lugar de conversación interdisciplinaria en el que estas ideas se debatan, se analicen profundamente y se conviertan en propuestas específicas. Porque la salud del futuro no depende solo de los avances tecnológicos, sino de la calidad de quienes los enseñan, los aplican y los humanizan.

Lic. Josselyne Peralta Castro.
Editor Jefe, Revista Multidisciplinar Yachakuna

“Una educación que no humaniza, objetiva al ser; una ciencia que no es cuestionada, petrifica”